

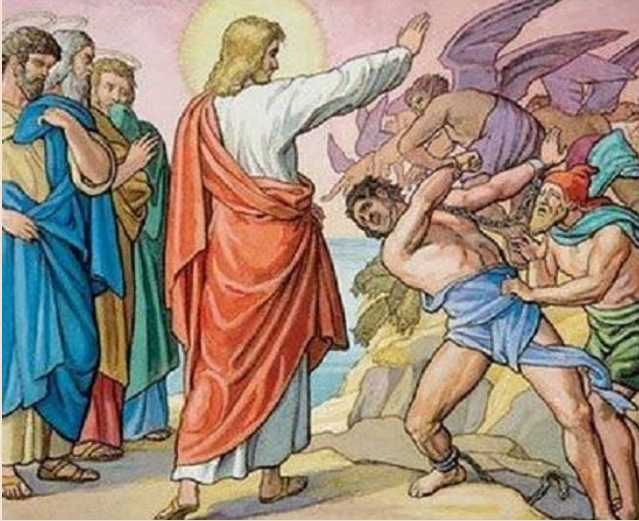
ANIMACIÓN BÍBLICA DE LA PASTORAL

Arquidiócesis de Yucatán

EVANGELIO DEL DÍA

MARTES XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1 de septiembre de 2020



SAN LUCAS: 4, 31–37

En aquel tiempo, ³¹Jesús fue a Cafarnaúm, ciudad de Galilea, y los sábados enseñaba a la gente. ³²Todos estaban asombrados de sus enseñanzas, porque hablaba con autoridad.

³³Había en la sinagoga un hombre que tenía un demonio inmundo y se puso a gritar muy fuerte: ³⁴“¡Déjanos! ¿Por qué te metes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido a destruirnos? Sé que tú eres el Santo de Dios”.

³⁵Pero Jesús le ordenó: “Cállate y sal de ese hombre”. Entonces el demonio tiró al hombre por tierra, en medio de la gente, y salió de él sin hacerle daño. ³⁶Todos se espantaron y se decían unos a otros: “¿Qué tendrá su palabra? Porque da órdenes con autoridad y fuerza a los espíritus inmundos y éstos se salen”. ³⁷Y su fama se extendió por todos los lugares de la región.

PAUTAS PARA TU REFLEXIÓN

I. ¿QUÉ DICE EL TEXTO?

Después de la autopresentación de Jesús en la sinagoga de Nazaret como el Ungido (Lc 4, 16–

30), continúa su ministerio enseñando en la sinagoga de Cafarnaúm (Lc 4, 31). Su enseñanza causa asombro “porque hablaba con autoridad” (Lc 4, 32). El poder de su palabra está ligado a lo dicho en Nazaret: “El Espíritu del Señor está sobre mí” (Lc 4, 18). Al inspirar su predicación, el Espíritu Santo le da un poder salvífico a sus palabras. Las escenas que siguen en el evangelio de Lucas serán ejemplos concretos de ese poder salvador. Hoy leemos el episodio del exorcismo de un hombre en la sinagoga de Cafarnaúm (Lc 4,33-37).

El exorcismo realizado en Cafarnaúm nos muestra la eficacia de la palabra liberadora de Jesús. Se trata de un episodio más del combate con el demonio, que inicia con las tentaciones en el desierto y lo acompaña en toda su vida pública, en el cual es el claro vencedor.

El demonio pronuncia el nombre y los títulos del exorcista, algunos piensan que con la intención de neutralizarlo. En este episodio, el título “santo de Dios” parece aludir al mesías, que ha sido ungido con el “Espíritu de del Señor” (cf. Lc 4, 18). El plural “nosotros” hace referencia a los espíritus malignos que tienen poder sobre la humanidad pecadora, pero que son enfrentados y vencidos por Jesús (v. 34).

Los demonios gritan y se espantan porque saben quién es Jesús. Reconocen que, con su llegada y mediante sus palabras y acciones, el Reino se ha hecho presente y el poder del mal será derrotado.

Jesús pronuncia dos órdenes categóricas: “cállate” (que no diga su nombre y su título); y “sal” (de este dominio ilegítimo). Realmente Jesús viene a acabar con ellos (v. 35). El pueblo, que había admirado “la autoridad” de su enseñanza, admira ahora “la autoridad” de su poder sobre el demonio: “...da órdenes con

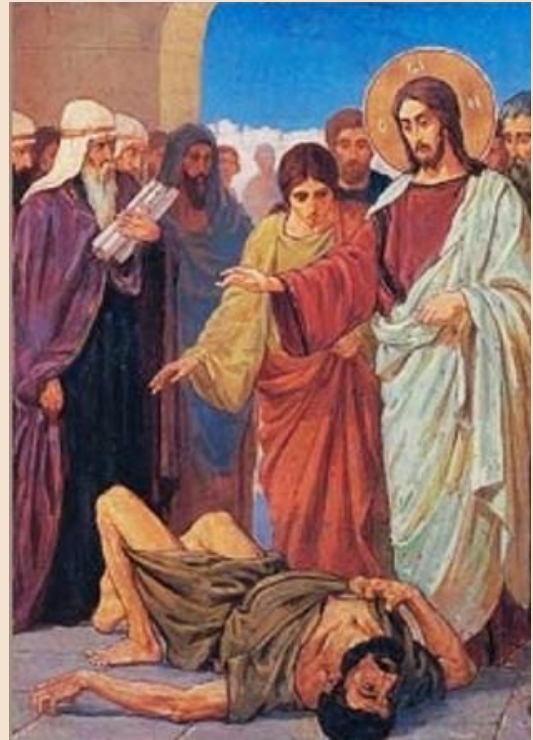
autoridad y fuerza a los espíritus inmundos y éstos salen” (v. 36).

La fama de Jesús como enviado de Dios crece por todos lados (v. 37): sus palabras y acciones, ejercidas con una autoridad nunca vista, revelan su origen y su misión.

La salvación ha llegado a los hombres. El reino de Dios se ha instaurado, porque Dios, actuando a través de su enviado, triunfa radicalmente sobre un poder oscuro cuyos rasgos no es posible percibir directamente, pero cuya presencia se advierte en todos los aspectos sombríos de la existencia humana, tanto en el plano moral como el físico. Jesús ejerce su poder sobre todo lo que oprime el hombre para liberarlo.

II. ¿QUÉ ME DICE EL TEXTO?

1. ¿Estoy convencido de que Jesús tiene el poder para destruir al enemigo de Dios?
2. ¿Acudo a Jesús cuando me siento espiritualmente amenazado? ¿He buscado seguridad en alguien o algo distinto de él?
3. ¿Qué me hace pensar el hecho de que el endemoniado se encontrara en el lugar de oración y supiera quien es Jesús?



III. ¿QUÉ ME HACE DECIR A DIOS EL TEXTO?

Tú que habitas al amparo del Altísimo, que vives a la sombra del Omnipotente,

di al Señor: “Refugio mío, alcázar mío. Dios mío, confío en ti.”

Él te libraré de la red del cazador, de la peste funesta.

Te cubrirá con sus plumas, bajo sus alas te refugiarás: su brazo es escudo y armadura.

No temerás el espanto nocturno, ni la flecha que vuela de día,

ni la peste que se desliza en las tinieblas, ni la epidemia que devasta a mediodía.

Caerán a tu izquierda mil, diez mil a tu derecha; a ti no te alcanzará (Sal 91, 1-7).

P.J.E.L.